

— Mesnada es de Ferriz de Lizana, respondió Aznar. Y sin mas pasaron unos y otros adelante.

— Mucho sabes, Aznar, dijo el rey. ¿Quién te ha enseñado que con ese nombre nos dejarían libres?

CAPITULO XI.

Donde comienzan las pláticas y aventuras del valeroso caballero don Ramiro de Aragón, y su escudero Aznar Garcés.

— ¿Sabes, Aznar, dijo el rey, que tienes cosas muy estrañas? ¿Por qué se te ocurrió forzar este puesto y entrar en el alcázar?

Et mea cymba semel vasta percussa procella, illum, quo læsa est, horret adire locum.

Al pisar el patio del alcázar, el fugitivo rey y su compañero tropezaron con una mesnada que venia haciendo la ronda.

— ¿Vamos á ellos, Aznar? dijo el rey al punto.

— No por cierto, replicó el almogávar, si podemos engañarlos. Reservemos las fuerzas para mas adelante, que si Dios no lo remedia, no han de estarnos de sobra las que tenemos.

— ¿Quién va? preguntaron los de la ronda.

— Mesnada es de Ferriz de Lizana, respondió Aznar.

Y sin mas pasaron unos y otros adelante.

— Mucho sabes, Aznar, dijo el rey. ¿Quién te ha enseñado que con ese nombre nos dejarían libres?

— ¿Quiénes habian de ser replicó el almogávar, los desleales que os pusieron prisionero sino de vuestros ricos hombres? ¿Qué otro habia de ser cabeza de tal rebelion si no es Ferriz de Lizana?

En esto llegaron al postigo que buscaban, y le hallaron abierto, sin otra guarda que los cadáveres de los dos hombres de armas que almató Aznar.

— ¿Sabes, Aznar, dijo el rey, que tienes cosas muy estrañas? ¿Por qué se te ocurrió forzar este puesto y entrar en el alcázar?

— Como esta tarde el decir por todo Huesca que habia grandes novedades por acá, y grandes contiendas entre vos y vuestros ricos hombres, determiné al punto cumplir la palabra que os di de servir en mayores cosas. Llegué al postigo, y dije á esos pobres diablos que lo guardaban cómo tenia licencia y autoridad de vos para entrar en el alcázar cuando se me antojase. Oír esto y saltar la careajada los muy perros fué todo uno. — Váyase el mendigo — exclamaba éste. — No hay pieza que darle — decía el otro. — ¿Quieres una mala capa con que arroparte? — preguntaba el primero, y el segundo me ofrecia burlescamente un jabón hecho gironés, que halló entre la inmundicia de la calle. — Sois unos vos en armas, les dije, sin duda que no habéis visto

almogávares, ni hasta aquí los conocisteis; mas yo os daré lección tal sobre ello, que otra no necesiteis en la vida. Y diciendo y haciendo, puse mano á mis armas, y San Jorge me ayudó, y di con entrambos en tierra. Pero ya estamos fuera de la puerta, señor; apretemos el paso, porque temo que nos persigan. Aquella ronda que encontramos en el patio del alcázar se encaminaba por lo que vi á los aposentos, que acabamos de dejar, y no bien noten nuestra falta, enviarán caballos ligeros á que sigan nuestras huellas.

Durante un largo rato, ni don Ramiro ni el almogávar hablaron palabra, atentos únicamente á escapar del gran riesgo que corrían.

El rey fué quien primero rompió el silencio diciendo:

—¿Adónde me guías, Aznar?

—A la montaña, señor; adonde hallemos seguro por lo pronto, que luego será tiempo de pensar otra cosa.

—Es que yo quisiera ir á Cataluña, para verme con el conde Berenguer y tratar con él de los negocios del reino.

—Hacia allí nos encaminamos precisamente; pero se me hace tarde, el llegar adonde hallemos fragosidades donde escondernos y amigos que nos ayuden.

—¿Qué amigos son esos, Aznar? Mira que yo no me fio ya de nadie.

—Fiaros debéis de estos que os digo, que no son de los ricos hombres y caballeros que os desacatan,

sino de los leales montañeses que guardan la frontera.

—Pareceme, Aznar, que tu andas descontento de mis ricos hombres, y que no es de ahora el rencor que les muestras.

—Confesaos, señor, que no gusto de verlos hartos de oro, y poseedores de ricos castillos, y soberbios y lujosos, mientras yo duermo sobre las piedras, y me alimento con la carne de las fieras que mato, y la yerba que cojo con mis propias manos.

—Eso es murmurar de Dios, Aznar; no todos han de ser grandes en la tierra.

—Ni todos reyes, señor; nosotros los hijos de la montaña no queremos sino que uno solo nos mande, ni más que á uno solo respetamos como vasallos. Sea este rico, sea este honrado, sea este poseedor de joyas y castillos, y todos los demás obedezcan y repartan entre sí los bienes de este mundo, que eso es lo que quiso nuestro Redentor.

—No pensaba yo que tan buen discurso tuvieses, Aznar. Sabes demasiado para tus años y para la vida que traes.

—Tales cosas, señor, se aprenden muy pronto en la montaña.

—¿Y aprendéis también por allí los nombres de los ricos hombres rebeldes? porque antes te oí señalar como tal á Ferriz de Lizana.

—Los nombres no; pero aprendemos á conocerlos; así es que no bien miré el rostro á ese viejo Lizana, se me puso en el ánimo que lo era.

En tales pláticas iban pasando el tiempo y an-

dando leguas, el almogávar con la facilidad de quien eso hacia por costumbre; don Ramiro con la dificultad de quien jamas ha caminado á pié por largo espacio, ni ha llevado á cuestras peso tan grave como el de una armadura de hierro.

Al cabo de tres horas de camino, el rey se sintió completamente rendido, y se sentó sobre una piedra.

—La noche está oscura, dijo, y aun faltan muchas horas para el alba; bien podemos descansar un poco, Aznar.

—No permita Dios que tal obremos, señor; antes haced un esfuerzo y salvémonos en la cerrea montaña.

—No puedo dar un paso, Aznar; primero consentire que me cojan de nuevo los rebeldes.

Ea, pues cargareos sobre mis espaldas; subid y os llevaré como pueda hasta allá.

—Eso no, mi fiel Aznar; seria inútil huir de tal suerte: nos alcanzarian al punto, y tan rendidos, que ni siquiera podriamos defendernos.

—Es verdad, señor; pero ¿que hemos de hacer? Pararnos aquí es imposible sin correr gravísimo riesgo.

En aquel momento se oyó no lejos de allí el ladrido de un perro y el canto de un gallo.

Aznar se dió una palmada en la frente como si alguna idea feliz se le ocurriera, y dijo al rey:

—Esperadme aquí un instante; yo os traeré caballo donde podais ir á nuestro placer.

—Oh! no, Aznar, respondió el rey; mira que yo

no me atrevó ya á montar á caballo; no he montado, mas desde el dia aquel en que nos conocimos.

—Voto va á Dios!

—Perdonad que jure, señor; perdonadme, que así me eriaron en la montaña, y mi lengua no sabe contenerse, como mi brazo no sabra jamas abandonaros.

—Te perdono, te perdono; mas no hay que hablar de lo del caballo, Aznar: tú no sabes lo que me sucede; tú no sabes lo que pesa sobre mí.

Y al decir esto el semblante del rey parecia inmutado; miraba al cielo y á Aznar, y temblaba.

El almogávar anduvo suspenso por algunos instantes, sin saber que partido tomar, ni que hacer en tan extraño caso.

—Señor, dijo luego al rey, ¿quereis que á vos os prendan de nuevo los ricoshombres y á mi me maten sin defensa en castigo de la fidelidad que os he guardado? Y no hablemos de mi vida, porque vos no debeis tenerla en mas que yo la tengo, que en harto poco es; pero de vos, señor, de vuestras prisioneras ¿cómo hemos de hablar con paciencia? ¡Ah! Yo recuerdo bien que prometisteis á la reina mi señora vengar vuestras afrentas y rescatar á la princesa.

Quizás por lá primera vez de su vida el almogávar se mostraba conmovido, y el sentimiento que se traslucia en sus palabras haciase mayor y más elocuente al contemplar la poderosa espresion de su

semblante y la enérgica resolución que brotaban sus ojos.

—; Aznar! exclamó el rey; tus palabras me penetran en el corazón, porque yo deseo rescatar á mi hija y deseo salvar tu vida; mas no puede ser de esa suerte que me dices. Oye, añadió bajando la voz y acercándose al almogávar, como si otro que él pudiera oirlo en medio del campo anchuroso donde se hallaban: oye, Aznar, sábetelo que fue permission del cielo que el caballo mio se desbocase aquel dia; yo tengo pecados, muy grandes pecados que purgar en el otro mundo; y si ahora mismo vivo, no es sino por misericordia sobrada de Dios. No me hagas tentar de nuevo esa misericordia; vete, vete tú de mi lado, y sálate y abandóname.

—Jamás, señor, respondió Aznar; ; qué poco conocéis á los almogávares! ni á sol ni á sombra, ni de noche ni de dia, ni en poblado ni en despoblado habré de separarme de vos mientras esteis en desdicha. Yo moriré á vuestro lado, y vos volveréis á Huesca á ser prisionero en vuestro alcázar de los soberbios ricoshombres, y vuestra hija quedará para siempre en sus manos, siendo juguete de ellos toda su vida; no hay ya otro remedio.

Por largo rato hubo en ambos silencio; y era que ambos padecian á un tiempo; don Ramiro porque luchaba con tan contrarios intentos; Aznar porque miraba perdidos en un punto todos los afanes empleados en salvar á su señor.

—; Cómo avanza la noche! dijo al cabo el almogávar mirando las estrellas. Antes de mucho ven-

drán los rayos del sol á señalarnos á nuestros perseguidores; pocas horas le quedan al rey de ser libre.

Al oír esto levantóse repentinamente don Ramiro, y dijo con voz muy resuelta:

—; Marchemos!
—; Marchemos! contestó el almogávar con jubilo.

Y así caminaron por algun tiempo.

Aznar habia aliviado al rey de todo el peso de armas que podia: solo llevaba este aún sobre sí la cota y las grebas, que no eran para vestidas de prisa; mas con todo eso no pudo continuar andando mucho tiempo.

Al llegar á unos matorrales muy espesos que ya se estendian por la izquierda del camino hasta la montaña, don Ramiro se arrojó al suelo gritando:

He hecho cuanto en mí estaba; no daré un paso mas, no puedo darlo; me falta la respiracion en el pecho, y los piés se me han destrozado en las peñas.

—Todavía estamos en peligro, murmuró Aznar.

—Quiere decir que el cielo tiene determinado que no salgamos adelante con nuestros intentos, contestó el rey con evangélica resignacion.

—Pero, señor, replicó Aznar desesperado: ¿cómo habeis de conocer la voluntad de Dios si vos no poheis toda la vuestra en conocerla? Dejad que yo os busque un caballo, montad en él y corramos, que yo sé que Dios ampara siempre las buenas causas, y es buena la de vuestra hija.

—; Y si se me desboca de nuevo, Aznar, y si pe-

¿rezo ahora? Considera que estoy aún en pecado; que puedo morir impenitente.

—Si el caballo se os desboca, para eso está aquí el mismo dardo que otra vez lo paró en su carrera, larlo parábáscien veces que sea necesario, respondió el almogávar con seguro acento; y en cuanto á lo de morir ahora, ¿de qué otra suerte lo habeis de temer, mas que cayendo en manos de los ricos hombres? Si ellos aspiran á ser los tutores y guardadores de vuestra hija, no pensais que para serlo han de desear poner os en el sitio donde menos se lo estorbeis? Mejor que una prision es para eso una tumba.

—Y crees tú, Aznar, que á tanto se atreverian mis vasallos? exclamó el rey cruzando entrambas manos sobre el pecho. Tengo buena memoria, señor, y recuerdo que no ha mucho le deciais á la reina: no se prende á los reyes ni por lealtad ni por cortesía, y teniais razon por mi vida, que quien tal hace, dispuesto está á todo, y no habrá cosa que por impío ó por estrema le espante.

—Aznar! ; Aznar! gritó aún el rey. Pero el almogávar dijo con rabia:

—Infames son, señor; mas si caes en sus manos aun no han de faltarles medios para ocultar que lo sean. Ya vois; cualquiera se mata de una caída, ó perece en las garras de una fiera, ó cae en manos de malhechores desconocidos; y nada tendria de extraño que á nos los ricos hombres no os encontrasen sino muertos, y que muerto os llevasen á Huesca, donde llorarian mucho vuestra desdicha.

oy os harian pomposas exequias al propio tiempo que se proclamaban tutores de vuestra hija y señores del reino.

—Oh! Aznar, razones tienes sobrada en lo que dices; es fuerza huir, huir á toda costa de esos maldecidos ricos hombres. ¿Que no fuera yo tan ligero y tan fuerte como tú!

—Por eso para vos traeré un caballo donde bien camineis: por todos estos contornos hay lugares muy poblados y muy ricos, donde habrá sobra de ellos que traer á vuestro servicio. ¿Ois? .. hacia allá se sienten otros ladridos y cantar de gallos; voy al punto á poner por obra mi intento.

—Pero, Aznar! dijo el rey, ¿cómo has de poder traer contigo un caballo? Los que haya, bien guardados estarán de sus dueños.

—Mal ha de estar con su vida quien estorbe mi intento, respondió el almogávar; quedaos ahí escondido en ese matorral, que no tardaréis en verme llegar sano y salvo trayendo buena presa conmigo.

Y sin decir mas echó á andar á largo paso.

—; Aznar! ; Aznar! gritó aún el rey.

Pero el almogávar no le oia ya: todo se le iba en caminar y decir para sí:

—Infames son, señor; mas si caes en sus manos aun no han de faltarles medios para ocultar que lo sean. Ya vois; cualquiera se mata de una caída, ó perece en las garras de una fiera, ó cae en manos de malhechores desconocidos; y nada tendria de extraño que á nos los ricos hombres no os encontrasen sino muertos, y que muerto os llevasen á Huesca, donde llorarian mucho vuestra desdicha.

—; Aznar! ; Aznar! gritó aún el rey.